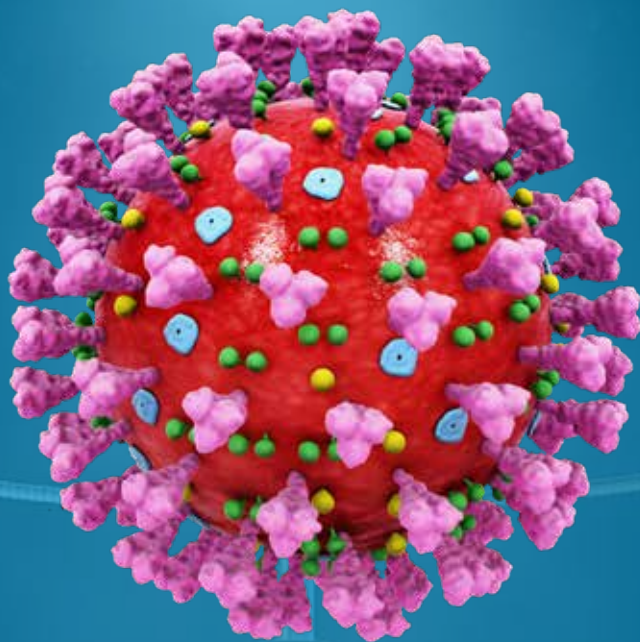


CONCURSO SEMANAL DE CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



Roberto Acuña
Eunice Heras
Fernando Monroy Dávila

Guenaëlle Folange
Jesús Adín Valencia

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES

Quinta semana
del sábado 18 al viernes 24 de abril de 2020

Resultados

Reunidos en una video-conferencia, Eduardo Mosches, Miguel Ángel Quemain y Mariángeles Comesaña, integrantes del jurado calificador del Concurso semanal de «Crónicas de un virus sin corona», decidieron por unanimidad reconocer las siguientes crónicas como las mejores de las recibidas en la quinta semana del mismo concurso que comprende el período del sábado 18 al viernes 24 de abril.

Primer lugar: Roberto Acuña
«Sobreviviendo al apocalipsis»

Segundo lugar: Eunice Heras
«México heterogéneo»

Tercer lugar: Fernando Monroy Dávila
«Mientras llega la hora de volver al juego de la vida.
Crónica de un virus despiadado»

Mención honorífica: Guenaëlle Folange
«De cajitas de Petri
y de línea de flotación»

Mención honorífica: Jesús Adín Valencia
«Tempest 2020»

Crónicas de un virus sin corona

Roberto Acuña
Eunice Heras
Fernando Monroy Dávila

Guenaëlle Folange
Jesús Adín Valencia

Ganadores de la quinta semana
del 18 al 24 de abril de 2020

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA GENERAL

Aída Patricia Arenas Chiang

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. García Diego, 168,

col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,

06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Quinta semana

Sobreviviendo el apocalipsis

Roberto Javier Acuña Gutiérrez

El crotón ha mudado de hojas, mi planta de chile se encuentra completamente tupida, la fresa ya tiene su primer fruto. Persiste incansable el jardín. Las plantas son la máxima expresión del equilibrio, de la repetición, del ciclo, vida y muerte, pero también de la paz, a pesar del caos que observo en mi palmita la naturaleza calma la enfermedad del confinamiento.

Hay tanta selva en una maceta pequeña, miles de animales diminutos, los microorganismos pelean por tener el control del ecosistema. Yo le temo a las arañas de un centímetro que bajan por aquel follaje. Observo el hilo fino del que penden, instrumentos homicidas, aireados al sol de las doce, como un cuchillo limpio y tranquilo después del asesinato.

A fuera el mundo, el mío, vive un tiempo destrozado, abro las ventanas, dejo que entre la naturaleza por mi casa, escucho los sapos de Amparo Dávila, siento el camino oscuro y polvoriento hacia la casa de aquel huésped de ojos amarillos, el lago turbio de los ojos de Griselda. Se murió esta semana Amparo, siento en mi cuerpo la geografía de sus personajes, los horizontes que describió, su literatura, aunque terrible por tanto vacío, me consuela en este claustro. Ella descansa, es parte del ciclo, de la jungla que habitamos todos, ninguna araña puso un hilo sobre su cuello, yo veo la sombra del mío en la pared, lo ignoro.

Respiro el aire denso y enfermo de la tarde, el sol hiere la piel. El miedo a todos los cánceres de la vida florece más que nunca. El miedo, nunca se ve y está presente como en los cuentos de Amparo o como dice el doctor Hugo López Gatell: «Es un error metodológico creer que lo que no se ve no existe». El miedo está allí, poco a poco se hace presente al lavarnos las manos, al buscar un cubrebocas, al recordar que no debemos tocarnos la cara. La jacaranda en la otra acera ha dejado de florear, pasó la primavera tan rápido. En

un mes se secaron mis manos, tengo llagadas las yemas de los dedos; me pongo crema y a los cinco minutos me vuelvo a tallar o me pongo gel antibacterial. El miedo habita mi cuerpo.

Las raíces que sobresalen de la banqueta, el tronco fuerte y el delicado trazo de las ramas y las hojas verdes de la jacaranda sofocan el asedio de las paredes y de las puertas cerradas; respiro hondo lejos de los hombres, de mi vecina que se asoma desde su puerta y ve si ya se puso el de los «bísquetos», acaso no sabe que puede traer el virus las bolsas de pan, pero la veo avanzar, se fija al atravesar la calle, duda en darle la mano al vendedor, le habla de lado, éste le entrega su bolsa y apura el paso al encierro. Vuelvo a llenar mis pulmones de aire, temo morir de asfixia, entubado, porque el aire es un pájaro, es la palabra, es el ritmo de la escritura, soy yo mismo más allá del acto inconsciente de respirar.

El pensamiento necesita oxígeno, y éste del murmullo entre los árboles y de las plantas de mi casa, porque la escritura, la literatura requieren levedad y aire, libertad, que para mí toma la forma del vagabundeo por avenida Juárez,

de cruzar la noche con los hombres del alba que menciona Efraín Huerta o ser una hoja desprendida de ese árbol que contemplo y así llegar hasta donde el aire y la fiereza de los hombres lo permitan.

Camino en círculos, respiro hondo, escribo estas palabras andando y dando traspies en una habitación pequeña; me sigue mi perro, los dos parecemos personajes de película apocalíptica. Yo, Will Smith en *Soy leyenda*. Pero no buscaré ninguna cura para este virus, sólo caminaré sobre la noche hasta que me den ganas de ver el amanecer, hasta escribirlo en esta pequeña habitación.

Cerraron la estación del metro que me queda cerca, aplicaron el «Hoy no circula» para todos, llegamos a casi mil muertos y estamos en la fase 3 de la pandemia. En otros países, en el silencio de los departamentos que nadie visita, hay un sinnúmero de cadáveres solitarios, nadie sabe que siguen floreciendo en la soledad de sus cuartos, nadie sabe de ellos hasta que sufren una metamorfosis y empiezan a soltar el olor de sus jugos, a ser alimento de otro universo

infinitesimal. En la Ciudad de México cada vez hay más departamentos y personas solas.

Estados Unidos transforma Nueva York en una fosa común. No hay héroes al norte, hacia el norte no hay nada, levantamos una muralla, y hay una guardia cuidándola noche y día para que no se atravesen los «hombres y mujeres más allá del muro». En ese lado, la deshumanización, no lo salvaje, porque lo salvaje resguarda un equilibrio entre los animales; allá el dios nuevo, el ungido en oro y en bonos del Banco Mundial, allá no hay mundo que el héroe salve, éste no tiene lugar en un país que no ve primero por su comunidad. Beowulf mata al monstruo, pero el de hoy tiene demasiado metal fundido escurriendo de sus labios y su cuerpo que toda espada resbala. No hay voluntad, ni valores comunitarios que lo resistan. Pero acá también le tiran cloro a las enfermeras, les escupen, no las dejan entrar al transporte público o entrar a su barrio. Yo no podría cuidar a otro a costa de mi vida, soy demasiado mezquino o quizá soy como cualquier hombre. Un doctor, un enfermero, un laboratorista están por encima de la media.

Mi perro y yo seguimos caminando junto a la escritura. Me pongo una chamarra gastada, tan vieja y enojona como yo mismo. Reviso los estantes casi vacíos de esta casa, quito el polvo de algunas latas —es atún, tuve suerte—, las meto en mi mochila. Hay un árbol de manzanas en la sala —los árboles siempre florecen donde se hace la comida—, guardo muchas; la manzana configura el paraíso y la caída, muerdo su carne. Eva no está, se fue mucho antes, quizá será parte de las estadísticas, ya es muy vieja y la cifra de muertos sube cada día y no hay tantos ventiladores para los de nuestra edad, hay que priorizar, aunque hoy el consejo de bioética dijo que no, que un ventilador no sabe distinguir a un joven de un viejo.

Me he enterado de que en Ecuador hay un río de cadáveres. Los poetas hacen lo posible allá, como en otros países, tratan de dar vida, de llevar su aire al encierro de todos. Siguen en pie. La muerte jamás aniquilará la poesía, el arte sobrevive al hombre. Mi perro me mira, guardo algunas zanahorias y croquetas, mueve su cola y salta, lleno unas cuantas botellas de agua. Bajamos las escaleras, me pongo el

cubre bocas, miro a mi perro y doy vuelta a la perilla, asentimos y cruzamos el umbral.

La peste está en la calle, doy vueltas y vueltas y tropiezo y tropiezo con la pata de mi cama, con el librero, luego con un banquito, pero no detengo la escritura hasta salir y ver el sol y sentir el aire en mi frente, en mis orejas. Mi perro olfatea, ladra y corre, no hay nadie, yo también comienzo la carrera; lleno de aire mis pulmones, los lleno y siento que estoy borracho y que salí al fin y para siempre del encierro.

El miedo se queda en casa, en las redes sociales, en el celular sin baterías. Mi perro avanza muy rápido. Acelero hasta alcanzarlo, soy uno más en su manada; recorremos y olfateamos avenida Juárez, el Zócalo, la Merced, buscamos a más como nosotros. Cada palabra escrita es un ladrido para todos ellos.

No importa los golpes en los dedos de los pies, no importa lo pequeño de las habitaciones, seguiré ladrando, persistiendo en el único oficio que conozco. La escritura es aire y éste, al menos hoy, es interminable y me permite correr más allá de las paredes de mi casa.

Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Quinta semana.

México heterogéneo

Eunice Heras

Iliana despertó antes de las ocho de la mañana, una larga jornada le esperaba al salir de casa, renunció a los cinco minutitos de más y se paró inmediatamente de la cama. Mientras iba bajando las escaleras comenzó a pensar en lo mucho que han bajado las ventas últimamente. *Doña Mary me quedó a deber ciento cincuenta de sus productos, tengo que preparar las cartulinas para la junta del miércoles y contratar a cuantas mujeres me sea posible.* Pensaba mientras sacaba agua del tinaco para calentarla.

El agua terminó de calentarse, la vertió en una cubeta y se dirigió hacia el baño, no recuerda cuando fue la última vez que había llegado la pipa ¿dos semanas? Cada que llegaba la gente se volvía loca, ansiosos por ser los primeros en la

repartición de agua, todos dejaban de hacer lo que estaban haciendo para ir detrás de este preciado recurso, hombres y mujeres no apartaban la vista de las enormes mangueras que entraban y salían de las casas.

Se enjabonó el cuerpo lo más rápido posible, tomó el recipiente pequeño que meses antes había guardado yogurt en su interior, lo introdujo en la cubeta para llenarlo de agua y fue extremadamente cuidadosa para que las valiosas gotas cayeran en su cuerpo y no al suelo.

Por fin terminó, se vistió, tomó los folletos, algunas facturas y salió de casa. De repente recordó lo que últimamente ha estado sonando mucho en las noticias, ciudades cerradas, infectados a causa de un potente virus en diferentes países, *¿qué será todo esto que aquí todo sigue completamente normal?* Se dijo a sí misma.

Ha tocado ocho casas, parece que la gente no está interesada en vender cosméticos. En una esquina observa gente entrando y saliendo de una panadería, funcionando como si fuera tan solo un día más, avanza tres calles, las tiendas, car-

nicerías y recauderías abiertas, se siente como si la famosa pandemia no existiera, para ellos es tan solo un día más.

Comienza a oscurecer, se encuentra con cuatro contratos en mano y un folleto, toma cinco pesos de la bolsa de su pantalón, estira el brazo y en menos de diez segundos se encuentra a bordo de un micro otorgando sus respectivos cinco pesos a un hombre sucio y con el torso descubierto.

Llega a casa, la garganta seca y los pies adoloridos, significan que, por hoy, la jornada ha terminado. Lo único que quiere es tomar un enorme vaso de agua, se sienta, se quita los calcetines y comienza a apretarse los pies, ardientes y cansados, para ella, uno de los mejores placeres de la vida.

Iliana no conoce la cuarentena, ha recibido órdenes de seguir trabajando aún en contingencia, si las coordinadoras de venta, gerentes y demás personal dejan de trabajar por un mínimo de quince días, la empresa de cosméticos para la que labora se iría a la quiebra. La resignación se convierte en su única opción, luz, gas, predial, comida, nada de eso se va a pagar solo.

Ricardo llegó al lugar en el que duerme todas las noches, colocó su índice derecho en el primer biométrico, de inmediato, imponentes puertas de cristal se abrieron, observó a algunos de sus vecinos con cubrebocas, algunos hasta con mascarillas protectoras.

Parece que aquí la gente está más temerosa, pensaba, mientras caminaba por el lobby principal y atravesaba el primer jardín hasta llegar al segundo lobby, donde otro biométrico lo esperaba para colocar nuevamente su índice derecho. Al instante, un hombre trajeado que se encontraba del otro lado del cristal y en posición de firmes, se apresuró a colocar su mano en el sensor, para así lograr abrir las grandes puertas.

Gracias, contestó Ricardo, caminó aún más hasta llegar al elevador, cuando se encontró dentro, oprimió el piso veinte e inmediatamente leyó un pequeño anuncio: *Todas las amenidades estarán cerradas a partir del día de mañana a causa de la contingencia*. Las dichas amenidades incluían alberca, jacuzzis, gimnasio, saunas y demás distracciones de las cuáles Ricardo y su familia gozaban continuamente.

Salió del elevador, entró a su caluroso hogar y mientras estaba cenando recibió un mensaje *todos a partir de mañana trabajarán en sus casas, a causa de la situación por la que estamos atravesando.*

Al siguiente día se levantó temprano, no tuvo que calentar agua, con sólo girar la llave gotas tibias calentaron su cuerpo. Su esposa le picó fruta, le preparó su café gourmet, un omelete con queso, espinacas y ¡claro!, no podían faltar sus rebanadas de jamón serrano.

Videollamadas, conferencias virtuales, al parecer está marchando bien el *home office*. Alrededor de las cinco de la tarde, su equipo decide darse un descanso, su esposa ya tiene preparado un rico pescado con betabel, jícamas y papas de guarnición, está convencida que el omega-3 es bueno para Ricardo ahora que se encuentra trabajando desde casa. Mientras comen, sus ojos se deleitan ante una impresionante vista de la ciudad.

Comienza a oscurecer, el *home office* ha llegado a su fin. Así termina un día más para Ricardo.

De esta manera es como millones de ciudadanos comparten un mismo país, sin embargo, algunos viven y otro tantos simplemente sobreviven en un México muy heterogéneo.

Meses de inactividad laboral ocasionarán una gran recesión económica, recortes no se harán esperar en empresas, obligarán a directivos de diversas dependencias públicas a otorgar sus sueldos, mientras que el sector más desfavorecido de la población tendrá que ingeniárselas para poder sobrevivir. En unos años, esta situación quedará plasmada en los libros de Historia y de Ciencia, por el momento, mañana será un día más para los ciudadanos del México heterogéneo.

Tercer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Quinta semana.

Mientras llega la hora de volver
al juego de la vida.
Crónica de un virus despiadado

Fernando Monroy Dávila

Mixquiahuala de Juárez, Hidalgo. México. Lunes 20 de abril de 2020. Pasan las nueve de la mañana y los alrededores de la plaza principal del pueblo son vigilados por la policía del tiempo y del pensamiento. También por los rondines de la Guardia Nacional. Están situados en puntos estratégicos. Alertas y bajo sus órdenes están los empleados del ayuntamiento. Infiltrados toman nota los políticos que no son políticos, pero cobran como si lo fueran. El administrador del cabildo, ajustando la mira a su red de vigías enchufados en todos los postes esquineros, ahuyenta la calma nuestra de todos los días. Dispuesto a mantener el orden que le marca su «conciencia», unta nuestros pasos con su saliva de epide-

mia silenciosa. Atrás quedaron los tiempos en que vigilaba las rutas del *huachicol*.

A las cuatro de la tarde huele a viento fresco, la lluvia se asoma ya en el horizonte. Esperemos que llegue sin granizo, pues cual virus bravucón, acabaría con la promesa de los huertos y cultivos. Mientras tanto, el *Gran Hermano* no deja de observarnos. El escuadrón de la «verdad», ya en su noticiero estelar o en sus arrebatos mañaneros, fustigado por el imán neoliberal de la obediencia, aturde nuestra cordura con una bocanada de cuervos emergidos de sus ojos. Juntos sobrevuelan el terruño esparciendo inmunidad; también inmundicia. Bajo el lema de no hagas caso a lo que no sea dicho por «nosotros», custodian las fronteras de la epidemia del odio. Sus *mortalikas* siguen incrementado kilometraje a pagos chiquitos. Juntos agitan sus pancartas por todos los rincones: ¡El tiempo es oro! ¡El dinero todo lo vence! ¡El miedo no hace falta!

A las once de la noche, embebidos en la lenguaraz salida al escollo televisivo, ofrecida por el nieto predilecto de *Agamenón*, apenas recordamos la tétrica tormenta del día

anterior. Muchos en el pueblo nos regodeamos ante el hecho de que el «elegido» para ocupar el banquillo de los acusados deja ver las caras que dibujan a la perfección el mapa del enojo maquillado con sonrisas. Otros preferimos ver las estrellas, calcular la siembra, conversar con la noche.

Martes 21 de abril de 2020. Para las doce en punto y bajo la seguridad de los treinta y tres centígrados —alguien dijo que a este forastero virus no le agrada el calor—, la maquila destila «productividad y progreso» sin descanso. Los ecos del capataz declaman con soltura: ¡Durante la junta de «alta dirección» se dio la orden! ¡Debemos acatar! ¡La crisis económica lo exige! ¡El patrón nos lo ha encargado! También deslindan «responsabilidades»: No es cosa nuestra, ni del jefe, es de allá arriba. Dictan sentencias y se preparan para la acción: Buena falta hace para esos irresponsables que por haraganes y miedosos hundan al país. Vigilaremos a los que firman y se escapan. Ahora sí, que se cuiden todos esos haraganes.

Para las trece con diez, el administrador del cabildo y su séquito de celadores avanzan con pasos ansiosos. Tienen

la ansiedad de los adictos. Buscan por todos los rincones a quien ajusticiar. Necesitan esa dosis de control, que, como una droga, los mantiene vivos, los hace visibles y los envientona. A las catorce cuarenta todos los furtivos pasos han sido acuchillados. Las quince treinta anuncian que las vestiduras del rigor han cubierto nuestra labriega desnudez. Un murmullo interminable se ha convertido en un largo silencio. Para esta hora, ya ni *Susana distancia* nos está salvando. La fase tres acaba de instalarse. Firmamos la extensiva cuarentena. Rubricamos el reinado del virus. Aceptamos los cambios de un jalón. La vigilancia ha sido instituida.

Miércoles 22 de abril de 2020. Mixquiahuala Hidalgo ya no es un lugar rodeado de mezquites. Ahora parece estar cercado por la indiferencia, la incredulidad y la tragedia. Hemos hecho poco para discutir las estrategias operadas; para mitigar el miedo, el odio, el terror, el horror. Sólo atinamos a deambular por nuestras mentes —y también por nuestras casas—, pero no en busca de un mejor camino. Deambulamos sin rumbo. Nos dejamos atrapar por la tragedia. Para este momento, seguramente los científicos es-

pecialistas habrán discutido con vastedad y argumentos las ventajas y los oprobios del control ejercido sobre nuestro otrora parsimonioso andar.

La epidemia del odio está en su momento más álgido, los detractores de la democracia meten la mano a su saco de probadas mañas hasta encontrar ventaja. El virus del odio no les resulta para nada desconocido. El COVID 19 y las fichas políticas de siempre son muy parecidos. Apenas difieren en que, en el caso de nuestro país, el virus del odio que ellos han difuminado por tantos años ha sido más sangriento y mortal que este coronado virus. Miles de estudiantes muertos, decenas de mineros enterrados vivos, centenares de luchadores sociales desaparecidos o asesinados. Ambos virus comparten el manual del odio. Saben que la generosidad se paga con una lupa que vigila, persigue, intimida, castiga. Así lo han padecido los trabajadores de la educación; del campo; de la industria; de la salud. Ahora mismo, los médicos —por fortuna no los del pueblo— vacilan al salir de los pasillos de las clínicas. No quieren andar las calles que los vieron crecer. Esas calles donde ahora pulula el odio y la

angustia parece flotar impunemente. Sus ciudades o poblados se han convertido ahora en suburbios amenazantes, en lugares tenebrosos.

Ya vendrán tiempos mejores; mientras tanto esperemos. Avancemos en la esperanza. Inauguremos el tiempo de la solidaridad, de la humanidad. Ya volveremos al juego de la vida. Ya recuperaremos el diálogo sin quijadas trabadas. Ya contemplaremos la luna sin aterrarnos tanto por la saliva amarga de estos virus hermanados en el odio.

Mención honorífica en el concurso de *Crónicas de un virus*
sin corona, de la UACM. Quinta semana.

J'ai un petit coq dans mon panier

Qui n'a encore jamais chanté

Donnez des œufs, il chantera

Alleluia

De cajitas de Petri y de línea de flotación

Guénaëlle Folange

Semana Santa sin salidas, domingo de Pascua sin huevitos
de chocolate en el jardín y abril sin el Aute aunque sea Sabi-
na el que cante.

Nos movieron gacho el tapete ¿sí o no?

¹ Letra de la canción de mi infancia.

Iban, en Francia y hace casi cien años, los chavos de granja en granja, de rancho en rancho, pidiendo huevos frescos y cantando esa canción. Luego se juntaban los del pueblo y se hacía un omelette gigantesco que compartían. Final de Cuaresma, Domingo de Pascua.

Lo de salir a algún lugar con agua, albercas, ríos, mares, es más sagrado creo que la misma razón por estar de vacaciones. Son 4 días de familia, de gritos de alegría, de crema para las quemadas de sol, de atún con galletas saladas y de cerveza bien fría. Y ahora resulta que nanais... Y así debe ser. Por más que se hayan llenado las carreteras, por más que los de Jalisco no hayan podido entrar a Nayarit, por más que no entendamos porque caray, es Semana SacroSanta, por más que el Acapulco en la azotea no satisfaga a nadie, pues así es, sólo eso, es. Ni bueno ni malo. Sucedió este año.

Lo de los huevitos de chocolate en el jardín, hace años que en casa no lo hacemos. Tradición de mis papás, el domingo de Pascua escondían los huevos en entre pasto y flores y los hijos salíamos bien temprano en pijama a buscar. Nos despertaba mi papá con la guitarra, cantando algo de un gallo que nunca ha cantado pero que ya se decidió, lo cual iba muy de acorde con eso de que la gallina pone los huevos —aunque sean de chocolate— y otras historias de que son conejos y campanas las que los traen. Es una aven-

tura formidable para los niños, pero es para niños y por eso ya no lo hacemos. Crecieron los vástagos y ya se compran sus chocolates, y otras cosas, solos. Y pues así es, sólo es. Ni bueno ni malo.

Y lo del Aute... Es. Y ya.

Me puse a pensar en cosas menos frívolas que el agua de mar salpicada y me pregunto qué harán las personas para quienes Pascua es la celebración más importante de su religión. No hay misas con público, aunque los recintos estén abiertos al público. No deben ir. ¿Rezarán en casa esos días? ¿Dolerá, por dentro? ¿O harán como si no importara? Y los religiosos, padres, monjas... ¿Usarán este tiempo sólo para rezar más o estarán analizando la propuesta, oh cuán iconoclasta, del Papa para que las mujeres pueden ser ordenadas diaconas? ¿Habrán mirado por la televisión esas imágenes de su jefe supremo orando y hablando solo, soledad virtual sí, pero soledad real también? Y trato de despertar mi empatía, la religión no es mi hit, el ayudar, escuchar, entender, sí. Y nada. Vacías mis bodegas de entendimiento. Y no se trata

del asunto en sí, soy capaz de entender sentimientos aun sin sentirlos yo. No, es vacío. Y pues así es, sólo es. Ni bueno ni malo.

Veo desfilar cifras, muestras, imágenes de ataúdes que no alcanzan, de familias que no se ven en los velorios. Y nada. No resuenan en mí.

Más que para llenarme de miedo, no de empatía, son demasiados, y ya lo di todo en los terremotos, en los huracanes y derrumbes de lodo.

Oigo el mensaje litánico de las patrullas y helicópteros que pasan por aquí: «Quédense en casa, no salgan», y la ironía de la situación no me hace sonreír, no pasa la barrera mental que he construido eso de que quienes a veces nos asaltan y protegen a maleantes hoy nos están cuidando, de que quienes no llegan cuándo estamos en peligro, andan hoy con sus rondines regulares. Sí siento en cambio, un ambiente de película post-apocalíptica y espero en cada corte noticiero enterarme de que la Estatua de la Libertad neoyorquina se desplomó.

Oigo también eso de que las personas enfermas y ya muriendo no pueden estar acompañadas por personas a las que quieren, que las quieren, mueren solas. Se van solas a cremación. Solas, solas, solas. Y la familia llora en casa, ya ni en la banqueta de los nosocomios. Solos. Esta vez sí, vagamente, siento algo. Tristeza infinita por esa solitaria partida, que camuflé lo más rápido posible, llenándome de chocolate o de series en línea.

Leo aquello de que los que se quedan en casa son privilegiados, y no lo han dicho, pero por ende los demás son desafortunados, malaventurados, desdichados, etc. Acá nos quedamos la mitad de la familia en casa y la otra no. Yo sí, el mareado no. Imagino que eso hace de nosotros una pareja mixta con hijos mixtos. Yo pensando que sólo éramos humanos. Y me pudre que otra vez, se use alguna situación para poner a unos de un lado y a otros del otro. Me pudre y me da flojera emocional, no quiero saber, no quiero reaccionar más. Son cosas que pasan y ya.

Leo de los castigos de Dios —que si fuera esto castigo sería más efectivo digo yo, la energía que nos rodea es más

fuerte que lo que estamos viendo—, leo eso de la madre Tierra enojada y te remito al mismo argumento, leo que si un país inventó el virus y se lo mandó a otro, o lo de un laboratorio no sé qué quiere ganar más lana, y ya te remito a tu razonamiento y otra vez, al argumento de que sería más *asesinante* el asunto, creo. A menos que todo esto sea un rollo de extraterrestres para vernos correr en una cajita de Petri.

Pienso que este virus sólo es parte de la naturaleza, de la que somos parte también, y ya. Sólo es. Ni bueno ni malo.

Leo lo de que luego de esto —¿cuándo?— seremos una mejor sociedad. Yo no creo. No veo por qué cambiaríamos. ¿Porque estuvimos con miedo? Eso no es un cambio real. ¿Porque hay menos dinero circulando? Pues chance nos volvamos más agarrados, no sé. Pero mejores personas ¿porque sí?, ¿nomás porque sí? No. O por lo menos yo no... Recuerdo lo que se respiraba hace años, con los principios del sida. Ese ambiente de sospecha, de no me mires, no me toques, no te acerques. Aunque en ese tiempo no había nada sobre una sociedad que cambiaría, no nos encerramos más

que en nuestras compras y preguntas antes de tener sexo. Total, sólo les daba a los feos homosexuales y a las feas inmorales...

Floto. Primero por casualidad y luego por decisión. No hago en el día más que lo esencial, inevitable diría yo, a veces no llego ni a bañarme y, no, no es por mis raíces francesas, ya te veo venir. Es porque he decidido que esto sea lo más fácil posible.

No quiero saber si la empresa cierra, si se quedan unas 15 familias sin sustento, por culpa-causa nuestra, por no poder seguir pagando sueldos.

No quiero saber si mis hijos ya se contagiaron y si ya valió queso el asunto en casa.

No quiero saber si las sexoservidoras se manifestaron porque les cerraron los hoteles y además de no tener en donde trabajar, tampoco tienen en dónde dormir.

Leo lo del presidente municipal que mataron por cerrar las playas, por allá en Quintana Roo. Narcos, fueron narcos no paseantes, algo es algo, no hemos enloquecido por com-

pleto. Obed Durón Gómez se llamaba el que trató de cuidar a su gente.

No quiero saber de más nenas asesinadas —13 años, Ana Paola tenía 13 años, y 5, sólo 5 tenía Jennifer— ni de los gritos que no se oyen tras las puertas cerradas. Susana Distancia no logra impedir los golpes.

Quiero flotar en ese mar al que no podemos —ni debemos ir—, oyendo un dueto rico entre el Aute y mi papá, que el gallo ya mero canta y que los chocolates ya llegaron. Buscando no hundirme.

Y pues así es, sólo es. Ni bueno ni malo. Sólo es.

Mención honorífica en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Quinta semana.

Tempest 2020

Jesús Adín Valencia

Estás en cuarentena, puedo verte a través de la página; es otro plano, una dimensión similar a la mía. El umbral va llenándose de letras. Te leo. Verás, construí un puente desde mi zona bidimensional, para constatar la existencia mutua. Estás ante un portón de cuatro hojas.

Necesitas ponerte el traje espacial, hecho con papel de fantasía *text-il*. Ha sido manufacturado a la medida. Lo encontrarás allanado al suelo, a tu derecha, como si fuese de bombero, incluso las botas. Así se habitúa para facilitar que en un tiempo no mayor a cinco segundos te plantes encima, desenrolles, levantes, vistas como lo hacen los bomberos.

En estos días se nos permiten ciertas in/dependencias virtuales, a través de juegos de video, avatares [*alter ego in-*

termediario para concretar determinada acción a distancia; Cristo es un avatar, por ejemplo, Schopenhauerdixit].

Prescinde tú ahora de cualquier extensión cibernética, digital, mecánica o lo que fuere.

Es de noche, puedo sentirlo. Sigue mi voz. Adéntrate. El túnel alcanza fluidez, sube la marea, de alcanzarte, no representará mayor problema. Más tarde te diré cómo proseguir. El túnel-agujero de gusano tiene un desperfecto. Los cálculos nunca fueron mi fuerte. Tuve que hacer un puente justo a la mitad, al no encontrar mi punto de conexión, quiero decir, desde este plano, tratando de encontrarme con el tuyo, iniciado hace mucho tiempo, erré camino. Enmendé mi error con una línea conectora diagonal en forma de Z, (dos ángulos) [semirrecta- vértice-semirrecta-vértice]. La diagonal es el puente. Parece una regresión, pero no te preocupes, es la mejor vía para continuar. Dentro de ese pasadero emergente, en algunas épocas del año sucede un fenómeno espectacular, quizá logrespresenciarlo.

Entra.

Avanza.

Anda por el túnel un paso a la vez, aclimatándote al traje y al ambiente. Te inundas hasta las rodillas. ¿Te das cuenta? Hay corpúsculos, líneas rectas y curvas, seguro no lo sabías, poseen la característica del plancton, brillan.

Sube la marea. Alcanza tu pecho, no te alarmes, déjate cubrir. Observa. Las letras, al toparse contigo, pueden iluminarse. Vislumbra, es el azul eléctrico más hermoso que jamás verás. Hay una estela en el trayecto. Fluye la corriente, vienen más. Apenas vamos en las primeras trescientas sesenta y nueve palabras, si el cálculo no me falla. Agita tus manos para que siga activándose el mecanismo de defensa, e iluminen las letras tudescenso.

Del asombro pasas a la desesperación. Necesitas respirar. Arriba de ti, más de dos mil ochocientos caracteres con espacios, imbuidos en bancos de burbujas que se aglutinan en el techo del túnel. El oxígeno queda aprisionado ante lo súbito de la inundación. Es una maravilla subterránea, semejante a un cenote azul o cueva de estalactitas que se unen a estalagmitas y forman columnas de corintio. Succiona el

aire de los bancos, esas burbujas en el techo. Sigue nadando, pronto nos encontraremos.

Llegas.

Te recibo con un apretón de manos y un fuerte abrazo. Bienvenido a mi humilde casa.

Vivo en una estructura cimentada sobre arenas de tiempo. Es pequeña pero espaciosa, tiene lo básico: cocina-comedor, sala de estar, baño, dos recámaras, plantas de ornato e historias.

Te instalas a descansar.

Nos alarma el fuerte golpeteo de olas a la entrada. Estamos rodeados. Sube la marea más de lo normal. El evento es insólito. Quizá el aliento de una lectura en voz alta, tempestuosa, ha generado la perturbación. No obstante de hallarnos a medio metro de distancia, es difícil la comunicación. El ruido del viento ensordece, empuja violento mientras intentamos una barricada de costales contra la puerta. Es inútil. El golpeteo de las olas es mayor. Sucumbe parte de la casa. Corremos. Crepita la madera de la construcción, quejándose. No aguanta, está a punto de colapsar...

Baja la tempestad.

Nos ha dado tregua. ¿Estaremos en una especie de antecámara de la muerte, como sucede al enfermo que demuestra cierta mejoría para bien despedirse de quienes le rodean? Es probable. Salimos de entre escondrijos para constatar la destrucción. Hay caos salpicado de luminiscencia. Arriba de nosotros, un titánico monstruo de lóbrega oscilación, amenazante-armagedónico, nos mira. Estamos en el ojo del huracán.

La vorágine se repite. Emprende ahora el acometimiento en dirección contraria. Apurados, reutilizamos los pocos costales restantes para intentar una segunda barricada en la parte de atrás, atrincherándonos en esta tercera página contra el vaivén de una danza macabra. El huracán se lleva todo excepto las vigas donde resistimos.

El monstruo se disipa.

Estamos vivos.

Hacemos el recuento. Estuvimos a merced de un huracán categoría 5 bautizado *Tempest 2020*, en reticencia de dos co-

sas: el viejo videojuego de *Atari*, y el año que nos obligó al encierro. Te marchas. Buen viaje de regreso.

Me satisface el hermanamiento que tuve con alguien, en el contexto en que nos vimos, de la manera más azarosa. Luchamos por nuestras vidas. Yo voy a reconstruir este hogar, expectante de la próxima manifestación, como personaje destinado a sobrevivir infinitas veces, hasta la siguiente lectura. *Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo.* Larga vida para quien determina acompañarme.

Colima, Col.

Índice

Crónicas ganadoras

5 SOBREVIVIENDO EL APOCALIPSIS

Roberto Javier Acuña Gutiérrez

13 MÉXICO HETEROGÉNEO

Eunice Heras

19 MIENTRAS LLEGA LA HORA DE VOLVER

AL JUEGO DE LA VIDA.

CRÓNICA DE UN VIRUS DESPIADADO

Fernando Monroy Dávila

Menciones honoríficas

25 DE CAJITAS DE PETRI Y DE LÍNEA DE FLOTACIÓN

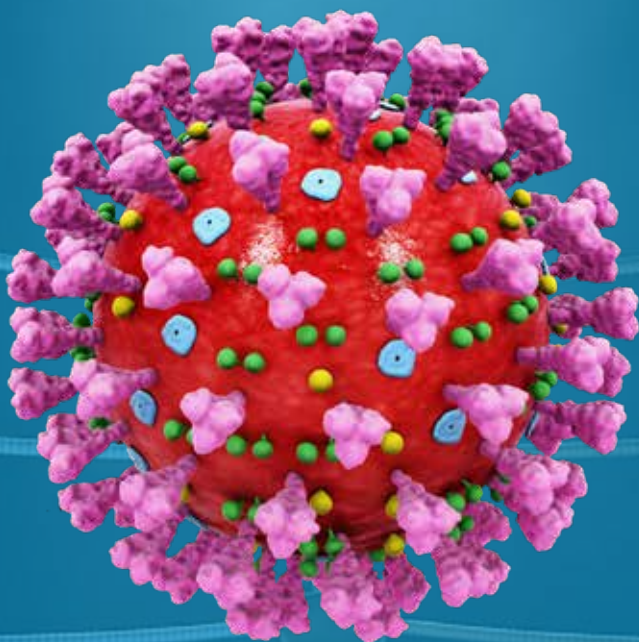
Guénaëlle Folange

33 TEMPEST 2020

Jesús Adín Valencia



Cultura Viva enCASA



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES